

# ¡Oh General, mi General!

*Andrés Mora Ramírez*

*“No ha habido una figura que sea comparable a él  
en nuestra historia revolucionaria...”*

Manuel Formoso

•

Hay las antorchas ardiendo y las lechuzas volando sobre la Avenida Segunda, hay el aura revolucionaria dibujando la figura del General en medio de la penumbra y un paredón de testigos que miran, desde el costado norte de la Catedral, la marcha de devotos del nuevo caudillo. A un lado el fuego y al otro la sombra: los obreros e intelectuales vitorean, los oligarcas y conservadores de toda estirpe recién salen del oficio religioso y miran con recelo a quien, hace apenas unos años, les hablaba desde el púlpito, pero ahora los increpa desde las calles.

*“No entiendo por qué el padre dejó los hábitos para meterse en la política”,* musita una voz que logra escaparse del almidonado traje de domingo, y salta la interrogante de una conciencia a otra, y va y vuelve sin una respuesta clara, quizá solo el jalón de orejas de una madre que no quiere que su niño corra detrás de aquellos faroles en forma de lechuza... porque lechuza es él, el General

Jorge Volio, el que guía, el que siempre habla, el que mucho sabe, el gran reformador social, el guerrillero, el excusa, el periodista, el diputado que en este año de 1923 pretende convertirse en el nuevo presidente de la República...

Todos lo escuchan atentos, General, quienes mucho le quieren y, sobre todo, quienes aún más le odian. Lo censuran los mitrados de cabeza púrpura, que ignoran convenientemente la nueva doctrina social que tan bien aprendió usted en Bélgica, al lado del cardenal Mercier; lo censuran los mitrados de cabeza púrpura, que no perdonan que allá por el año 1910, en la parroquia de Heredia, en lugar del evangelio leyera unos fragmentos de Tolstoi, en homenaje a la muerte del escritor, y fruncen el ceño porque elevó oraciones por ese hombre que amaba la belleza y la bondad, la verdad y la inteligencia, cuando correspondía, según el rito latino, entonar el Miserere, pero usted tiene solo 22 años y



nada de eso le importa, **la Iglesia debe cambiar**, piensa, mientras desde los asientos de los feligreses emerge una nube de murmullos. No hay caso, General, así son los mitrados de cabeza púrpura, tinglados del obispo Stork, el alemán que pronto lo expulsará de la Diócesis porque en ella no tienen lugar los románticos rebeldes, así son ellos: nada quieren saber del socialismo que usted viene anunciando como única salvación para una Costa Rica dividida en dos, **“de un lado, los que viven contentos con la presente injusticia, y del otro, los que no lo están”**.

Muy cerca de la Catedral, Ena Bernard escucha el estrépito y contempla, asombrada, cómo la emoción de la gente sube desde las calles y se filtra por las ventanas de la casa donde trabaja como hacelotodo y aguantalotodo. Entonces, corre hacia el balcón que se abre justo frente al campanario y busca, en medio de la muchedumbre, al hombre que, desde esa misma ventana, saludó hace cuatro años, cuando liberó a San José de las tropas de Tinoco y trajo desde Nicaragua, desde Honduras y desde Panamá, al galope de sus caballos, a los combatientes de la Revolución del Sapoá y al presidente Acosta.

-¡Viva Volio! ¡Viva Volio!, gritó entonces y grita ahora, con fuerza, esta negra de 57 años, de ojos inmensos, tan grandes como toda ella, tan grandes como la esperanza de los negros

aislados “legalmente” en Limón: vergüenza de los preclaros liberales que se preocupan por mantener limpio el abolengo de la raza.

Y Ena lo escucha, General, cuando improvisa su discurso en el Parque Central, y se conmueve porque a usted no le tiembla nunca la voz. ¿Quién soy yo?, se preguntó en su discurso en el Teatro América, dos semanas antes de las elecciones, ¿lo recuerda?, **“un guerrillero de la libertad y un tribuno de la plebe”**, dijo. ¡Brillante, Volio! **“Soy un simple guerrillero y, como tal, voy de montaña en montaña, sin presentar batalla hasta que logro tener al enemigo en el pantano para cogerlo vivo y aniquilarlo”**.

Usted escribe, General, y conquista al pueblo y a los intelectuales, se retrata mediante la palabra y ya circulan dos periódicos suyos, “La Aurora Social” y “La nave”, pero no quiere que sean melaza de sacristía, sin nervio y sin estilo, por eso cita a Bakunin, a Kropotkin y a Tolstoi, y apunta sus balas, francotirador infalible, contra los clérigos que favorecen la mala prensa, y ahora dice lo que en la Iglesia le mandaban a callar: dice justicia, dice tierra, dice reforma agraria, dice escuela laica, dice acción social católica y ofende a **“las púdicas orejas de nuestros pingüinos oligarcas”**.

Ena sabe mucho del General, o cree saberlo, aunque sus amos – que todavía

faltan un par de décadas para que la palabra PATRÓN se incluya en el lenguaje oficial- ni siquiera lo sospechan. Ella fue traída del Atlántico porque había aprendido a leer y escribir, y eso es un peligro, le recuerda cada día el señor amo. Pero ella no teme, y en el mercado escucha y aprende: los campesinos y vendedores hablan del candidato del recién fundado Partido Reformista, y los hombres se reúnen a leer en voz alta sus artículos, pero Ena aún no oye hablar de los negros que, en Limón, esperan al reformador, mas no importa, piensa ella, han esperado toda la vida, pueden soportar unas cuantas semanas hasta que se realicen las elecciones, y Ena sigue a Volio a todas partes porque pronto, muy pronto, se dice como para no desfallecer, hablará de los olvidados por todos, los hombres y mujeres que derriban montañas para descubrir caminos al Caribe, que siembran rieles y sufren fiebres y delirios hasta morir.

Usted tendrá que hablar de ellos, General, seguro que lo hará. El evangelio, que es para todos, lo obliga, pero hablará porque también es profeta, o cuando menos vidente de lo terrible, y ya advierte, en estos años veinte, lo que vivirán los costarricenses del próximo siglo si no ocurre un cambio profundo ahora, si nadie detiene a esa clase acaparadora que disfruta del poder político para su propio beneficio, prestidigitadores de fortunas instantáneas. **“Si ellos llegaran a donde**

***desean en materia de riquezas, nos aplastarán, nadie podrá volver a respirar en Costa Rica, porque ellos tendrán el trust de los periódicos y todo el capital”.***

Usted va siempre a la lucha, siempre con la causa trascendente, General, porque el fusil no le tiembla en las manos, porque las emancipaciones lo seducen. Como en 1912, cuando se fue con la luna y el silencio a Nicaragua, al campo revolucionario que lo esperaba en el norte, a pelear junto a Sandino contra los marines invasores, porque le conmovía ***“el drama, mil veces más poderoso, de la pérdida de la soberanía nacional y latinoamericana por la ocupación yankee”.*** ¡Sí, General! Atrás quedó la Iglesia, esta vez fue para siempre, así lo confirmó tres meses después, cuando regresó de Nicaragua con el cuerpo marcado de heridas, con su alma engrandecida y la prueba de la envidia y las intrigas de sus enemigos puesta por escrito en la carta de expulsión del obispo Stork, que ni siquiera sospechó que la condena le abriría a usted las puertas de la historia.

Pero ahora, la tarde del domingo se apaga y entra la noche. Los fieles ya están lejos de la Catedral, su discurso ya se acaba, los faroles avanzan, las lechuzas vuelan de nuevo, ahora hacia el Cuartel Bellavista, y Ena lo mira alejarse, General, y el día pasa, y vienen los otros, los implacables días sucesivos, y las elecciones llegan: el

Partido Reformista no obtiene los votos suficientes, ningún partido lo hace. El Congreso, usanza de la época, elige a dedo al presidente: otra vez, Ricardo Jiménez. Y usted se va del país, la reforma tendrá que esperar, y pasan cinco años, y un día, en Puerto Limón, celebran con serenatas y desfiles su regreso, por fin pone un pie en la provincia, pero los negros no escuchan de su boca una palabra, ni un aspaviento... ¡Oh, General, mi General! ¿De dónde nace semejante omisión?

Después se sabrá: nunca los incluyó en su programa de gobierno, en su idea revolucionaria, usted, que tanto predicó contra los ricos y la injusticia, jamás defendió a la minoría explotada salvajemente, sí, después, muchas décadas después, se sabrá: en los escritos de su juventud, en los de Cartago y los de Lovaina, hay frecuentes referencias a la hidalguía, al valor y las tradiciones... del hombre blanco.

Los años pasan, General, diez, quince, y desde la derrota en las elecciones del 23, usted ha cambiado: pactó con Jiménez por cuotas de poder, su partido se desfigura, el ánimo le flaquea, y la reforma sigue esperando. ***“Mi viaje, el dolor, la vida, me han hecho considerar la necesidad de echar en olvido lo pasado...”*** Y Ena Bernard morirá sin saber que usted fue declarado Benemérito de la Patria, Ena Bernard morirá admirándolo, trabajando hasta el cansancio en casa de la familia Woodbridge,

morirá soñando que un día el General Volio reformará al país y lo hará una tierra para todos, morirá soñando que usted dejará pasar a los negros más allá de la barrera invisible del desprecio. Pero, ¡oh, General, mi General!, Ena Bernard ha muerto ya, con la amargura de que nunca lo escuchó hablar de liberación para sus hermanos.

Bien sabía usted que Cristo solo no alcanza, por eso acudió a las armas y a la política, pero el hombre, solo, también olvida, y usted olvidó, General. Por eso Ena no logró entenderlo y sufrió descifrándolo, General, y los negros lo seguirán esperando por décadas, y usted morirá, polvo somos y al polvo volveremos, sin abrir ese

muro que el evangelio y la doctrina social le obligaban a derribar. Y la historia oficial, proclive a las concesiones, premiará esa “pequeña” omisión suya. ¿Disfruta ese privilegio de la desmemoria, allí donde quiera que se encuentre, General? Y es esa monumental incongruencia, al fin y al cabo un rasgo de su humanidad, la que se lleva lejos su mito como un viento de la tarde, ¡oh, General, mi General!, ¿por qué el guerrillero de la libertad no quiso nunca romper las cadenas de los negros en el Atlántico...?

Sólo usted podrá saberlo, General, mientras descansa eternamente en paz en el ilustre panteón de los beneméritos de la *Patria blanca*.